

Otros mundos, misma pared

Estaba sentado en mi despacho de *Antúnez-Antúnez Abogados*, revisando un par de casos que me traían de cabeza, cuando me sobresaltó el estrépito del teléfono. Al otro lado del hilo estaba mi mujer, Sandra. Su voz, en notas generales firme, temblaba de manera esquizoide y antes de decir nada, se le escapó una risilla chocante que se me antojaba más al Tom Hulce de *Amadeus*, que al de mi media naranja.

- Germán, ha pasado una cosa. ¿Estás sentado?
- Sentado y trabajando - solté dejando entrever mi falta de tiempo para ella.
- Lo siento, estoy tan alterada – intuí que estaba bebiendo por sus compulsivos sorbos en mi oreja - Hay un problema en casa. Se trata de la reforma de tu despacho.
- ¿Qué han hecho ahora esos paramecios estonios? – dije oliéndome que los obreros que contraté habrían grapado mi alfombra persa al techo. Eran unos ineptos tuercebotas que no distinguían un azulejo de *grés rústico* del tapacubos de un coche. Pero eran ciertamente económicos.
- Han retirado el aparato de aire acondicionado de una de las paredes y ha aparecido algo.

Y se quedó callada unos segundos. Yo resoplé.

- ¿Algo tipo... una humedad? – dije harto de la espera.
- Algo tipo un agujero espacio-temporal.

Me tomé un buen puñado de segundos antes de dar una respuesta acorde al material que me había arrojado a la cara.

- ¿Has vuelto a fumar marihuana, cariño?
- ¡Hablo en serio!
- ¿Crees que yo no?
- ¡Te digo que tienes un agujero de gusano en la pared y tú como si nada!

- ¿Seguro que no se trata de un boquete corriente y lo que se ve al otro lado es el salón-comedor? - le solté pensando que había dado en el clavo.

Acto seguido se echó a llorar desconsolada, gimiendo que siempre dudaba de ella. Lo cual no era del todo incierto a tenor de un incidente pasado. Hace dos semanas me aseguró que una nave alienígena la había succionado con un potente artefacto de procedencia poco menos que de Andrómeda y le había elevado a ella y a otras tantas personas a varios metros del suelo. Yo le pregunté si, tal vez, no sería que entró en el ascensor con algunos vecinos. Ella me miró fijamente un momento y se fue en silencio a servirse un vino blanco, confirmando mi sospecha de que la supuesta experiencia interplanetaria no fue ni más ni menos que un viaje ascendente en el montacargas.

Ella quería creer en esas cosas. Pero cada vez que me hacía partícipe, mis dedos empezaban a marcar robóticamente el teléfono de la *Clínica Mental Nuevo Amanecer*.

Así que ahí me encontraba yo, lidiando con una presunta compuerta cósmica en mitad del que iba a ser mi flamante nuevo despacho. Sandra me imploró que volviese a casa, que debía verlo con mis propios ojos, que aquello era un hecho tan extraordinario que podría reportarnos cheques con varios ceros. O incluso dar sentido al universo. De poder elegir entre ambas sandeces, prefería la primera opción. Era fin de mes.

Hastiado hasta límites del bostezo por sus ruegos, pedí permiso para ausentarme y me presenté en casa a lomos de mi híbrido. Atravesé el umbral de la puerta con desidia. Al pasar por la cocina pude ver a un par de peones asaltando mi nevera sin miramientos y haciendo una cata a ciegas de mi colección privada de *Borgoñas*. Estaba a punto de lanzarles un zapato cuando Sandra me atrapó como una leona atrapa a una gacela en prado abierto. Me llevó apresurada del brazo hasta mi despacho. El suelo estaba cubierto de plástico blanco, había brochas, cubos de escombros, herramientas de demolición y lo que intuí era mi carísima mesa de nogal del siglo XVIII pringada de cemento seco. Dudé en ese instante si telefonar al Departamento de Inmigración y mandar a aquellos mamelucos del Este de vuelta a su país de origen, pero Sandra me giró la cabeza y me puso cara a cara con el supuesto hallazgo galáctico.

Mis ojos se abrieron cobrando las proporciones de dos platos soperos al comprobar un extraño orificio donde antes campaba a sus anchas el aparato de aire acondicionado, rodeado de un halo azul que emitía pequeños rayos azules y zumbidos eléctricos. Al fondo, efectivamente, no estaba el comedor, sino un gran vacío negro. Mi corazón dio un vuelco víctima de la emoción y la incredulidad, lo cual no era nada saludable para alguien operado dos veces de la aorta coronaria derecha.

– ¿Me crees ahora? – me espetó Sandra con los brazos en jarras.

Por primera vez los disparates de mi esposa parecían estar orbitando cerca a la realidad. Aún así, yo seguía pisando receloso el pedal del freno.

– No te cuelgues medallas todavía, cielo. Reconozco que es algo inaudito, pero ¿cómo sabes que es un agujero espacio-temporal?

– ¿Y qué narices va a ser? ¿La puerta de la secadora?

No le faltaba razón. Pero yo seguía encelado en mi falta de fe.

– Ya, te entiendo. Quería decir si lo has comprobado.

– Sí, hombre, estoy yo como para darme un paseo por el hiperespacio.

Tengo una pila de ropa por planchar en esta dimensión, ¿sabes? Hazlo tú, Don Suspica.

No me atrevía. Uno no puede levantarse una mañana y perderse en un pliegue ingrátido atestado de partículas subatómicas y vete a saber cuántos fermiones. Al menos no sin estudiar un poco los desafíos a los que se enfrenta. Nada me molestaría más que viajar a otro mundo sin llevar un jersey de lana. Una cosa era resfriarme por la climatización en el coche, y otra coger una pulmonía por caminar en el hiperespacio.

– Mi vida, creo que esta revelación nos viene grande. Habrá que dar cuenta a la comunidad científica. O a la revista *Quarks de hoy en día*.

– ¿Para que nos roben el hallazgo? Ni hablar.

– ¿Y qué quieres hacer? ¿Has llamado a la empresa de mantenimiento del aire acondicionado? Igual han tenido este problema antes...

– No digas idioteces. ¿Crees que esa gente instala sistemas de calefacción con compuertas secretas a otras constelaciones? ¡Esto es único!

– Mira que les dije a esos manazas que no tocasen nada. ¿Y qué hacen ellos? ¡Abrir un túnel cuántico! - protesté furioso. Mi mujer trató de sosegar me.

– Cariño, ¿no te das cuenta? Puede que seamos los primeros seres

humanos en viajar por el espacio-tiempo. Con lo poco que salimos de casa últimamente...

– Tengo mucho trabajo, ya lo sabes – traté de excusarme -. Pero ¿cómo sabes que puedes teletransportarte? Igual me meto ahí dentro y mañana acabo formando parte de la tabla periódica. Grupo 18, gases nobles.

Sandra vaciló unos segundos. Me sobrecogía su seguridad y el dominio que tenía de esta materia. Se había pasado años leyendo toda clase de panfletos y manifiestos de ciencia ficción, soñando con toparse de bruces con algo que confirmase sus locas creencias. Y ese boquete de corte selenita era la prueba definitiva. Me arrepentí de regalarle por nuestro aniversario aquella camisa de fuerza que compré en Internet.

– De acuerdo. Hagamos una prueba.
– ¿Qué clase de prueba? – pregunté con no poca intriga.
– Metamos a uno de los obreros dentro y que nos cuente que hay al otro lado. Piensa que una oportunidad así sólo se presenta una vez de cada siete millones de años luz. Como poco – su confianza empezaba a ser aplastante.

La idea de lanzar a uno de esos papanatas a los confines del universo me era atractiva, incluso justa viendo la caída en picado de mi cuenta corriente en sus gastos. Nos daría las respuestas que buscábamos. Si salía bien, tendríamos un tesoro único; si salía mal, habríamos desintegrado en moléculas a un completo zopenco.

De ese modo engañamos al capataz, Henrik, para que nos siguiese al despacho. Dudamos la estrategia a seguir para arrojarle al orificio sideral, y acabamos recurriendo a la vieja técnica infantil de agacharme tras sus piernas mientras mi esposa le empujaba bruscamente. Dos segundos más tarde, Henrik había sido succionado por mi pared. Como quien sorbe un espagueti de un tirón.

Esperamos nerviosos su regreso con buenas noticias. Y cruzamos los dedos confiando en no haberle volatilizado. De ser así, ¿qué explicación racional podríamos dar a la policía cuando nos tomase declaración? Cualquier coartada nos mandaría de cabeza a una habitación acolchada o a una lobotomía conjunta.

Quince minutos más tarde, el teléfono fijo nos hizo pegar un brinco del susto.

Sandra lo cogió. Al otro lado estaba Henrik. Llamaba desde Nueva York y por su airado tono de voz, sospechamos que no estaba contento. El *jet-lag* tras un viaje así no debe ser cosa de risa. Por lo visto emergió en mitad de una exposición

temporal en el *MoMa* y estaba siendo fusilado a fotos por los visitantes, que creían contemplar una *performance* de Yoko Ono. Mi mujer y yo nos miramos y esbozamos una sonrisa con precisión coreográfica. Teníamos el cáliz de la ciencia moderna en nuestro poder.

Dijimos a Henrik que volviese, pero nos dijo que ya que estaba ahí, aprovecharía para visitar a un primo en Queens y ver *Mamma Mia!* en Broadway. Por desgracia estaba en el año 2045 y su primo ya era pasto de los gusanos. No así su voluptuosa viuda con la que Henrik acabó casándose en el futuro – su presente –, sin importarle un ápice retornar al 2019 para terminar mi despacho – mi presente -. No cobró, eso sí.

Daba igual, nada de eso nos afectaba lo más mínimo. Por mí como si esa materia extraña acababa dando vueltas en un vórtice atemporal durante la eternidad. Por fin el destino me había deparado un golpe de fortuna y las quejas de mi esposa sobre que salíamos poco a cenar fuera, se evaporaron al instante.

Durante meses Sandra y yo estuvimos catapultando nuestros cromosomas a diferentes épocas futuras en multitud de países, para segundos después regresar como si nada. En nuestro viaje interestelar disfrutamos de un verano completo en la Rivera francesa, pero a ojos del tiempo presente, apenas habían pasado unos minutos de duración. A las nueve de la mañana nos íbamos a esquiar a Aspen todo el invierno y aún me daba tiempo para llegar duchado al bufete a las diez menos cuarto. Aquello era vida.

Pero si bien viajar a través del hueco del aire acondicionado era barato, no lo era tanto mantener los caros caprichos. Nuestro tren de vida cósmico debía estar nutrido de un saldo jugoso para poder regocijarnos de todos los lujos del futuro. Y por mucho que estirase mi sueldo de abogado, éste acababa contrayéndose hasta ser un múltiplo de cero.

Así que, tras mucho discutir los pros y contras, Sandra y yo decidimos instaurar una agencia de viajes. El precio era elevado, sin duda, pero ninguna oferta terrestre era comparable a tomarte un *Tikka Masala* en el Bombay de 2092 o corroborar *in situ* el tiempo que iba a hacer en la boda de tu hija el próximo mes de octubre.

Al principio sólo destapamos el secreto a unos cuantos amigos del Club de Campo, pero poco a poco la voz corrió como la pólvora y pronto teníamos la agenda

copada durante varios meses. Entraban llamadas a todas horas. Tuvimos que contratar a una secretaria, a la que hice firmar un contrato de confidencialidad con su propia sangre. No podía jugarme nuestra gallina de los huevos de oro a que lo *tuitease* de mala manera.

Fueron tiempos boyantes. Nuestras arcas se llenaban sin parar al tiempo que nos fundíamos las ganancias migrando nuestras moléculas a universos paralelos. Sandra y yo éramos felices, si acaso por primera vez en muchos años. La rutina de un matrimonio de mediana edad se lucró de los beneficios de ir a Australia sin hacer catorce escalas o pasear por los anillos de Saturno justo antes de lavarte los dientes e irte a la cama.

Pero no sólo nosotros fuimos dichosos, nuestra agencia proporcionaba viajes únicos, desde luego, pero también encendía el quinqué de la pasión en otras parejas venidas a menos. La falta de tiempo y la necesidad de salir del tedio eran siempre el mismo problema. Y un crucero por el Nilo a medianoche o gozar de un fin de semana en el cinturón de Orión en lo que se tarda en preparar una tortilla, eran elementos suficientes para que las libidos atravesasen la capa de ozono a la velocidad de la luz.

Sin embargo, todo comenzó a truncarse cuando empecé a hacer uso de aquel “pasaporte a las estrellas” yo solo. Mientras Sandra gestionaba nuestros ahorros, yo me dediqué a viajar por mi cuenta y a sus espaldas.

Y fue en una de esas salidas esquivas cuando conocí a Kanae, una joven hawaiana del año 2179. No fue intencionado, pero me enamoré de ella como un adolescente y poco tardé en ser absorbido por su órbita gravitacional. Pese a la notoria diferencia de edad – ella me sacaba ciento sesenta años – surgió entre nosotros una relación sincera y apasionada.

Tuvimos no menos de una veintena de encuentros. Sandra no sospechaba nada. Aprovechaba las siete horas de su sueño para escabullirme por los paisajes soñados de la Teoría de la Relatividad y acabar en brazos de mi amada durante semanas. Cuando Sandra despertaba, yo ya estaba acurrucado bajo el edredón.

Fue en una de las últimas excursiones cuando Sandra me salió al paso justo cuando la pared me escupió de vuelta. Noté que sospechaba algo por su ceño fruncido y la bofetada que me proporcionó.

- ¿Te estás viendo con otra mujer?
- ¿Qué dices? Claro que no. Busco nuevos destinos vacacionales para

futuros clientes – salí al paso – Creo que he encontrado una forma de ir a Plutón. Dicen que hay buenas playas...

Confíe en que mi quiebro de litigador consagrado hiciese efecto, pero justo en este preciso instante, apareció Kanae por el boquete de mi despacho, y todos mis esfuerzos saltaron por los aires a modo de fisión nuclear.

– Querido, te has dejado el móvil en mi mesilla.

Huelga decir que tras aquella frase incriminatoria todo fueron gritos y objetos volando hacia mi cabeza, varios de los cuales entraron por la compuerta y acabaron en diferentes lugares de la galaxia. Oí que una figurita de Lladró se estrelló de lleno contra el parabrisas de la Estación Espacial Internacional.

Kanae no quiso verse involucrada en una disputa conyugal del pasado y se volvió a su época. Fue la última vez que vi su sensual topografía corporal.

Sandra pidió el divorcio y me demandó por los derechos del agujero de gusano, alegando que el hallazgo fue suyo y que yo únicamente me aproveché de sus ventajas. Logró sacarme hasta el último euro. Perdí todo. Entré en una nebulosa existencial.

Acabé viviendo en un piso del extrarradio con las dimensiones físicas de un armario escobero. Arranqué el aparato de aire acondicionado de la pared, esperando encontrar una nueva puerta que me hiciese revivir mis días de viajero galáctico. Todo lo que conseguí fue que el casero me pusiese en la calle no sin antes teñirme un ojo de color morado. En cada tugurio en el que dormía, volvía a desencajar las calefacciones de las paredes. Pero nada. Sólo obtenía agujeros que hacían gritar al vecino de turno.

Dos años después volví a ver a Sandra. Por cómo iba vestida intuí que el negocio iba viento en popa. Ella intuyó por cómo iba yo vestido que era un vagabundo. Me invitó a un café y hablamos durante dos horas de aquella época dorada.

– Ahora tengo paquetes familiares y he abierto seis franquicias en diferentes años – me contó sin disimular su felicidad extrema - ¿Quién iba a pensar que detrás del aire acondicionado estaría el puente de Einstein-Rosen, ¿verdad?

– Y yo que me negaba a creerte... – dije con cierta melancolía.

– Siempre fuiste un racionalista tozudo, Germán. Luego te volviste un mujeriego cósmico e implosionaste.

No se lo refuté. Toda la vida considerándola una mujer que debía portar un embudo en la cabeza, y en aquel momento era la empresaria más cotizada de la Vía Láctea. Me alegré de su éxito. Se lo tenía muy merecido.

Más tarde se despidió subiéndose a una limusina del tamaño de un cohete y desapareció para siempre. Yo volví caminando al cajero automático en el que dormía. Pero de pronto me topé con una compuerta en el suelo. Sin dudarlo un segundo me lancé dentro esperando que mis neutrinos se proyectasen a un lugar cálido, a muchas décadas de distancia de mi desgracia actual. Por fin la vida volvería a tener sentido.

Era una alcantarilla sin tapa. Caí víctima de la gravedad a varios metros.

- Qué paradoja - me dije al comprobar que mi tobillo se había plegado sobre sí mismo como quien pliega el espacio-tiempo a su libre albedrío.

Me lo había buscado.